

C. González Viquez

Cordelia

Volumen 1

Septiembre de 1912

Número 1

Publicación mensual
dedicada á la mujer costarricense

Director,
José-Fabio Garnier

INICIAMOS nuestra serie de retratos de mujeres con el de la escritora italiana que pone al pie de sus bien pensados artículos el delicado nombre de *Iolanda*. En la generación literaria actual de Italia, ocupa uno de los puestos más distinguidos junto con Ada Negri, Grazia Deledda, Matilde Serao, Neera, Sfinge, Rossana y otros bellos cerebros femeninos. A su pluma privilegiada se debe una serie de novelas interesantes cuyo único anhelo es el ennoblecimiento del sexo bello; de esa hermosa floración artística recordamos: *Las tres Marias*, *Después del ensueño*, *Sor Inmaculada*, *Junto al amor*, *Las inolvidables*, *Amor silencioso*, *El libro de las horas*, *Mujeres que teneis inteligencia de amor* (del cual escogimos la bella página que honra nuestra revista en su primer número) *Las modernas vestales*, *Pensamientos* y otros.

Iolanda es todavía joven y de su extraordinaria actividad tenemos derecho á esperar nuevas obras que sin duda estarán saturadas del encanto que poseen las anteriores.



MARIA PLATTIS

Inicial

Con el nombre precioso de la dulce hija del rey Lear, Cordelia, y dedicada a las señoras y señoritas costarricenses, se presenta hoy, por primera vez, esta revista que no trae pretensiones de ninguna especie.

«CORDELIA» quiere que sus lectoras lleguen a ser como la Cordelia del hermoso drama shakesperiano, que sean el sostén moral de quienes, en la existencia, las han elegido o las elegirán como dulces compañeras, que llenen de flores el sendero por el cual debe necesariamente transitar el hombre al cumplir con la misión que se ha impuesto.

Bellos ejemplos encontrarán en estas páginas: la serie de MUJERES IDEALES tiene ese objeto; hermosos

consejos les llegarán mensualmente en forma de bien pensados artículos como el de la Marquesa Plattis que hoy publicamos; delicados sentimientos saturarán sus almas privilegiadas con cuentos y poesías hechos por mujeres que son el encanto de la literatura contemporánea y por hombres de ideales generosos quienes han puesto sus mejores energías al servicio de una de las más bellas intenciones de la edad nuestra: el ennoblecimiento supremo, por la sin par cultura intelectual y moral, de la encantadora mitad del género humano.

Al iniciar esta dulce labor las saludamos respetuosamente

LA DIRECCIÓN

Idilio de plantas

Soberana del reino vegetal, la planta es una sensitiva que «respira y duerme» saturándose del amor y de la vida que el plan divino ofrece por igual a todo lo creado dentro de su radio de acción y su más o menos desenvuelta conciencia!

Si la contemplamos en la primitiva montaña en forma de grandioso roble, o en uno de sus sombríos rincones como leve musgo, no podemos menos de presentir palpitando entre esos seres, episodios de amor, que por ténue afinidad se revelan a la mente humana como ofrenda con que nos deleita la madre naturaleza.

En el corazón de la selva virgen vibra un ambiente de armonía que

trasciende en ondas a todos los sitios circunvecinos. Su espesura no se ha estremecido aún con el eco del leñador derribando cedros y ellos permanecen aunados, en estrecho vínculo, como legiones fantásticas que por largas centurias se yerguen retando al clima de ardores y de caprichos.

Sus ramas a veces se pliegan y acarician cimbradas por la brisa o se dilatan al rayo de sol que besa el follaje y tiñe en oro su verde túnica; pero más a menudo, en su seno se congregan los elementos, el vendabal runfla sobre las crestas floridas y aparece entonces la selva como una multitud compacta en plena conciencia resguardando sus teso-

ros. Y si alguno de los árboles centenarios de tronco carcomido, cediendo a la racha del huracán se abate y golpea de pronto el pecho de la tierra, escúchase en el bosque un gemido que ni es eco ni silbar de viento... sino grito de dolor que se escapa de los viejos coetáneos, y por un instante se turba el *aura* uniforme de la exuberante flora y las frondas tremulan de emoción. Después, todo vuelve a su habitual tranquilidad; el árbol caído encuentra tumba en el regazo materno y la sombra amorosa de sus compañeros le tiende un sudario.

¡Cuántas generaciones de animales salvajes nacen y desaparecen bajo esa vegetación arbórea que se mantiene imperturbable hasta el instante en que el hombre, impulsado por la civilización, invade sus dominios, roba al madero una astilla para conducirla al valle y por fin entra de nuevo, tala la selva y la trasmuta.

Pasan los años. Donde era sombra montañesa luce ahora claridad campestre. Y en ese claro de bosque tropical, familiar para todos los que vivimos en eterna primavera, el explorador detiene su marcha, improvisa extraño lecho sobre las hojas de palma y enciende hoguera para librarse de las fieras; allí resuenan las armas de fuego que el cazador maneja con diestra mano para atrapar la presa que cae herida o se pierde en la fuga por los huideros que le presta la maraña; allí el sol esplende de lleno, el humedal se escurre, brota otra vegetación y en la penumbra de los escasos árboles grandevos que el antojo del hombre deja intactos, se desarrollan misteriosos poemas y tragedias de dolor.

Penetremos en la vereda secreta

de ese bosque para contemplar el idilio que comienza a nacer al pie de una fragante ceiba, donde el alígero airecillo abandonó una semilla que venía acariciando desde apartados parajes. El rayo de luz, la gota de agua y la magia de la tierra acogen la recién llegada y a su tibio amor la transforman en delicada pasionaria. Brotan por doquiera sus renuevos y cuando rompen los nortes en anuncio de verano ya la juvenil trepadora cuajada de retoños y de primorosos capullos carmín y sepia, era la gala de aquel campo. Enlazó sus lucientes tallos a las retorcidas columnas de un bejuco que triscaba el ramaje de la misma ceiba, y al sentir esta fructificación de juventud el trepador quedó enamorado de la gentil pasiflora. Sus desnudas trenzas temblaban de amor al brazo caprichoso de hojas y corolas, que se entrelazaban formando un florido columpio que muy pronto engalanó el rugoso tronco y los reviejos del ceiba.

Y para contrastar con este dulce sentimiento, un hurafío arbusto de cornezuelo que enriscaba en los contornos sobre estéril loma, forjó en su punzante temperamento un amor loco por la delicada pasiflora y comenzó a hacer esfuerzos inauditos por alargar hacia ella sus ariscas galas, y ofrecérselas para que en ellas serpenteara como en los felices brazos del bejuco. Pero fué vana su pasión: la prudente pasionaria esquivó mirarle siquiera y se asió con mayor avidez a su amado.

Cuando marzo invadió aquella región con su vaho de fuego el manantial dejó de fluir, la ceiba deshojó su follaje vistiendo en cambio flores color de rosa que semejabán grandes moños de brillante seda, y el quemante rayo de sol como áscua

roja atravesó las ramas florecidas y dibujó al pié delicada filigrana de luz y de calor que evaporó la humedad del terreno, y despojó a la tierna pasionaria de su lozanía. Demasiado joven para resistir el duro embate del sofocante clima sin el indispensable rocío que renovara su raíz, endurecida por el seco y agrietado suelo, se abrasaba en el claro de bosque. Crispáronse febriles sus empolvadas hojas, sopor de muerte aletargó sus tallos y los botones, esperanza de la flor del mañana, contraían marchitos sus blandos pétalos medrosos acaso de la llamara-da que parecía surgir de los cuatro puntos cardinales, en aquel excepcional verano.

Solo los fieles amantes de la pasionaria soportaron con admirable valor la sequía, menos ardiente que su fogoso amor. El bejuco no estrechaba ya en sus brazos sino una inerte forma que languidecía; y sin embargo la amaba y daría su último jirón de vida por salvarla, por abrir su seno y empapar en savia la raíz moribunda.

El cornezuelo en cambio desasosegado y taciturno, sin poderse mover un ápice de su raigambre y celoso con todo el vigor de su agresivo carácter, retó así a su rival en el lenguaje silencioso de su especie:

—«Suelta enredador esas amarras, que verdean la ceiba; abandona a mi amada a quien no eres capaz de amparar y ven a estrangular mi blindada corteza o a que yo te desgarré las entrañas».

—«Oh, hermano—contestó el bejuco—nada mejor ansían mis columnas que sentir tus lanzas clavarse en mi pecho, aproxímate, no tardes, necesito tus heridas y no puedo desasirme ni desenmarañar mis guedejas de la arboleda».

Y frente a frente, distanciados apenas por unos cuantos pasos de hojarasca, quedaron los rivales, al morir el sol aquella tarde, entre el tamiz de la floresta.

La olvidada pasionaria tuvo un instante de lucidez, comprendió que iba a perecer y sin vacilación hizo un enérgico llamamiento de auxilio a la madre naturaleza. Y ella la escuchó talvez, porque en el profundo silencio de esa noche, el tiempo tuvo de pronto una mudanza: un huracán veraniego se desató irrespetuoso sobre la selva; la hojarasca en remolinos tornaba enloquecida levantándose y cayendo mientras en lo alto mugían las crestas como fieras repercutiendo pavoroso acento en el confín de la región.

El cornezuelo no concilió el sueño; mutiladas sus quebradizas ramas por la tempestad retemblaban de dolor atadas a la raíz por débil ligadura y cuando asomó la aurora, entre celajes de nacar, el espectáculo de toda la flora era grandioso. Serena se mantuvo la ceiba a pesar de la lucha resguardando a sus pies la desmayada pasionaria que el bejuco parecía sostener con su más tierna caricia. De pronto resonó un gemido: ráfaga descomunal arrancó el arisco espinoso y lo estrelló con fuerza contra el tronco de la ceiba... una violenta sacudida más y giró de nuevo hasta clavar furioso sus afiladas púas en el fresco bejuco del que brotó como por encanto una fuente de agua purísima... En su postrera energía el celoso cornezuelo en complicidad con el vendabal rasgó la urna sagrada del *agrá*, planta salvadora de América, y una lluvia fresca descendió sobre la moribunda planta, empapó sus raíces y le devolvió la vida.

Continuó el espinoso su agitada

peregrinación hasta perderse entre las breñas y hundir sus rotas ramas en el precipicio; y alejado del amor murió identificándose otra vez con la madre tierra para formar parte de ese mismo fértil suelo que le dió el ser.

Sobre su cadáver como un aroma

de selva, se diluyó una dulce meditación acerca del admirable concierto que entona la naturaleza, y en el cual hasta el tañido de muerte es armonía sublime que emana del Logos, como la vida y como el amor.

APAIKÁN¹

Queréis ser grandes? Que vuestra persona desaparezca detrás de vuestras obras.

CARMEN SILVA
Reina de Rumanía

Será largo el crepúsculo.....

Será largo el crepúsculo. Ya va creciendo el día.
Los rumores diurnos huyen y se dispersan;
sorprendidos los árboles no ven llegar la noche,
siguen despiertos en la tarde blanca, y piensan.

Los castaños, al aire denso, cuajado en oro,
sus perfumes exhalan y parecen oírlos;
y nos da miedo andar, mover el aire tierno,
para no despertar los aromas dormidos.

Vienen de la ciudad sordos ecos lejanos.....
El polvo, levantado por un soplo de viento,
deja el árbol agónico, triste, que revestía,
y otra vez cae, pausado, sobre el camino quieto.

Vemos un día y otro, por costumbre, el camino
que impasibles cruzamos en tantas ocasiones,
pero no sé qué cosa cambia en nuestra existencia:
ya nunca más tendremos el alma de esta noche.

CONDESA DE NOAILLES²

(1) Es el nombre literario de una de las más inteligentes mujeres de Costa Rica: la señora María Fernández de Tinoco.

(2) Escritora francesa nacida en 1877, es una de las más apasionadas poetisas de este tiempo.

Mujeres ideales: Cordelia

El rey Lear, viejo caprichoso, un día desea darse el gusto de oír cuánto le aman sus tres hijas, Goneril, Regan y Cordelia. La mayor, Goneril, mujer astuta y ambiciosa, le dice que lo quiere más tiernamente que a la luz, al espacio y a la libertad, muchísimo más que a todas las riquezas y preciosidades del mundo.

La segunda, Regan, le confiesa con fingida humildad que solamente cifra su dicha en un sentimiento único: el tierno amor que por su padre siente. Esas exageradas manifestaciones de cariño les valen grandes riquezas y extensos dominios que su padre les regala. Cordelia, la menor, ama y calla, ella sabe que su corazón ama más de lo que sus labios pueden expresar y por eso no quiere medir su cariño con las frases exageradas y las palabras que significan amor, pero que de él no están saturadas. Su corazón es tan noble que no quiere descender hasta el punto de pedir a sus labios la limosna de una frase amorosa; por eso, porque ama y calla, porque ella no quiere otra dote que la verdad, el viejo rey la deshereda; porque es tan joven y tan franca, Lear la despide de su reino, la colma de ofensas y la maldice. Y ella se va con el rey de Francia quien, al verla desheredada del cariño paternal y dotada solamente con la pobreza, la hace su compañera en la existencia.

Apenas se va Cordelia, la sombra del rey Lear comienza a arrastrarse por las galerías del castillo que fué suyo en el cual reina ahora, como señora omnipotente, su hija mayor; todos le escarnecen; los mismos

hombres que antes besaban el suelo cuando pasaba lo consideran como un vasallo cualquiera.

Lear, al verse despreciado por las hijas a quienes adoraba, y a las cuales ha cedido su trono, pierde la razón y vaga errante por las campiñas en donde despierta la piedad de todos, menos la de Goneril y la de Regan.

Y así, furioso como la mar agitada, lo encuentra Cordelia, la hija a quien él tanto despreció. El inmenso amor que siente por el viejo rey quien ha visto expuesta su blanca cabellera al furor de los vientos, la lleva a combatir contra los ejércitos aliados de las dos hermanas crueles. En esa lucha ella es vencida y las banderas y los tambores del ejército enemigo se muestran orgullosos porque han podido hacerla prisionera, porque junto con la hija rebelde han logrado apoderarse del viejo rey demente.

Allá, en las oscuridades de la prisión, una mano de esclavo estrangula a la hermosa Cordelia cumpliendo de ese modo el deseo más ardiente de Goneril y de Regan.

Tal es el argumento de *El Rey Lear*, una de las tragedias más saturadas de sentimiento de las que escribió Guillermo Shakspeare.

Cordelia es la figura femenina que más resalta en la obra, es un ser ideal que deja en el alma, con sus frases delicadas y con sus generosas acciones, un acento de dulzura que encanta. Ella es la mujer tal como la soñaron Shakespeare e Ibsen, la mujer cuya riqueza es no tener un ojo ávido que sin cesar mendigue el cariño de un hombre, aunque ese hombre sea su mismo

padre; la mujer tierna que levanta al vencido y lo consuela con el bálsamo penetrante de sus caricias, que ejerce sobre el padre, sobre el hermano, sobre el novio, sobre el esposo, sobre el hijo, esa acción benéfica que solamente saben ejercer quienes tienen conciencia de su valor como musas inspiradoras del bien. El alma de la pequeña Cordelia, como el alma de la sentimental Ofelia, como el alma de todas las mujeres ideales, es la pequeña fuente de donde brotan las hermosas sugerencias que llevan al hombre al triunfo, los dulces consejos que fortifican a quienes tienen miedo a la

vida y a sus engañosas apariencias, las tiernas frases que atenúan el dolor de las heridas con que la suerte ingrata premia los esfuerzos generosos.

Cordelia es una hermana de Dulcinea y de Cadíja: las tres representan la idealización del sexo bello, pues las tres son inspiradoras de hermosas acciones y de grandes empresas. Ellas llevaron a cabo los atrevidos trabajos del duque de Kent, las hazañas sublimes del sublime don Quijote y el apostolado sincero del gran Mahoma.

LA DIRECCIÓN

Definición

Amor, dijo la rosa, es un perfume.
 Amor es un murmurio, dijo el agua.
 Amor es un suspiro, dijo el céfiro.
 Amor, dijo la luz, es una llama!
 Oh! cuánto habéis mentido!
 Amor, es una lágrima!

JOSEFA MURILLO ¹

Dulce casa!

La vida moderna, con sus grandes comodidades de viajes y de veraneos, con su inclinación al movimiento, con el ansia de novedad y de distracción que la domina, ha hecho palidecer, en el alma femenina, la dulce e íntima visión de la casa, del nido. La casa ya no representa, como antes, el asilo tranquilo que ha sido muchas veces santificado por las memorias de tres

o cuatro generaciones; la casa ahora es algo provisional, que se cambia con filosofía, que se abandona sin ningún dolor, que se embellece más por vanidad que por amor, más por los que nos visitan que por nosotras mismas.

Y a pesar de eso, a la mujer le corresponde la obligación de hacer agradables los muros domésticos perfumándolos con su gentileza y

(1) Poetisa mexicana, delicada, ingénnna que vivió escondida en Veracruz, y que murió en flor, como una violeta.

con su bondad. Por lo tanto, debemos procurar, por medio de la educación, que se mantenga intacto en el alma de la niña el ideal de la casa, reforzarlo en donde languidece, y conservarlo con toda su dignidad ennobleciéndolo cada vez más, si es posible. En la educación de nuestros colegios se ha trascurado y se trascura ese punto esencial alegando que el amor por la casa es instintivo en la mujer y que en ella se desarrollará cuando forme una familia propia. Eso no basta; en primer lugar porque no todos los temperamentos son iguales y una tendencia no puede desarrollarse en todas las mujeres con la misma intensidad útil y necesaria; en segundo término, porque de la manera de considerar las paredes domésticas, de custodiarlas, de amarlas puede tener una influencia decisiva en el valor de una mujer como esposa y como madre.

Se debe acostumbrar a la niña no sólo a hallarse mejor en la casa propia que en la ajena sino también a respetar la habitación de sus padres y hermanos, a embellecerla lo más posible, a tenerla en perfecto orden y a sentir, al entrar en ella, una especie de consuelo real. Hoy por hoy, las niñas y las señoritas y, a veces, hasta las señoras, consideran la casa como una prisión y ese secreto concepto se manifiesta cuando, por una razón u otra, una joven no puede ir a los paseos, a las retretas o a los bailes. Entonces oímos aquellas letanías: «Qué fastidio! He estado todo el día en casa! Qué sacrificio! No he podido salir un momento! Hace tres días no salgo!» y otras parecidas.

Dice un antiguo asceta: «la celda continuamente habitada se hace simpática; la celda abandonada pro-

duce fastidio cuando se vuelve a ella». Esa frase, enunciada por un monje, debe ser meditada por nosotros. Un escritor delicado la hizo esculpir en la puerta de su estudio; toda mujer inteligente debe llevarla impresa en el alma. Las que tienen la costumbre de la vida errabunda, las que aman la existencia callejera y frecuentan a diario las tiendas elegantes y los parques de moda, las que sienten bienestar solamente cuando se encuentran bajo las miradas — curiosas unas, admiradoras otras, envidiosas las más — de la muchedumbre, esas no podrán encontrarse bien en el silencio y en la paz del hogar, no apreciarán nunca el inmenso placer de estar solas consigo mismas sin aburrirse y sin entristecerse.

Muchas gastan sin medida en el adorno de la propia persona mientras no emplean la más insignificante suma en el embellecimiento de su casa; pasan elegantísimas por en medio de la gente y en la intimidad no se avergüenzan de usar vestidos manchados y descosidos. Al principio de cada estación — primavera, verano, otoño o invierno — el vestido se renueva, desde el sombrero hasta las zapatillas, pero el saloncito de recibo permanece siempre árido y frío, el comedor sigue huérfano perenne de esos simples adornos que revelan una mano amorosa e inteligente, que hacen confundirse en una el alma de las cosas con el alma femenina que tutela el hogar.

La casa debe ser para la mujer lo que el estuche es para la joya; debe servir para hacer resaltar la pureza de sus luces y la gracia de sus engarces; debe formar un conjunto indivisible con su persona, armonizar con sus gustos, con sus ideas,

con su edad, con su posición social. La mujer, al abandonar sus habitaciones, debe hacerlo con disgusto y, al entrar en ellas, debe sentirse feliz, saludarlas con íntima complacencia puesto que su verdadero mundo está en ellas y no fuera de ellas, es allí en donde ama, ora, sufre, espera y piensa, es allí en donde se llena de energías para la vida, en donde se satura de resignación para la decadencia y para la muerte. En medio de esas paredes existe su reino mejor y más duradero, ese reino que nadie le tratará de arrebatar, en el cual podrá ejercer sus fuerzas más nobles y más eficaces, en el que ella será el centro de un pequeño sistema planetario, en donde su alma se verá acariciada por las más profundas satisfacciones. En su casa, cerrada a las profana-

ciones de la vulgaridad, de las corrientes malsanas y de los gérmenes venenosos, la mujer honrada y buena premia al vencedor con su sonrisa, con su palabra de elogio o de orgullo, con la palpitación de su emoción no reprimida; refuerza y reanima al vencido con el tesoro de su dulzura, de su piedad, le satura de nuevas energías para las luchas venideras; trae al buen sendero a los perdidos, a los culpables y olvida y perdona y rehabilita con su misericordia y borra con el contacto de sus labios trémulos, el estigma de la culpa esculpido en las frentes humilladas como el ángel del Purgatorio dantesco borró la mancha de la impureza que, en su frente, llevaba el Poeta sublime.

Marquesa María Plattis

Canción

Si muero, canciones tristes
no cantes, amado mío,
ni sobre mi tumba plantes
rosas ó ciprés sombrío.
Cúbrame yerba, de lluvias
y rocío húmedecida.....
Y tú, si quieres, recuerda,
si quieres, olvida.
Yo no sentiré la lluvia,
ni la sombra he de gozar,
ni al ruiseñor, que parece
dolorido, oír cantar.
En la penumbra sin alba
ni ocaso yo soñaré;
y allí, recordaré acaso,
quizá olvidaré.

CRISTINA G. ROSSETTI ¹

(1) Poetisa inglesa cuyo más hermoso poema es el fantástico *Mercedo de los duendes*. Nació en 1830 y murió en 1894.

Los Grandes

Admiro a los Fuertes que, besados en la frente por una boca sobrehumana, anhelantes de un horizonte más amplio, subieron a una altura soberana, obtuvieron las sonrisas y los cantos y las locuras de los genios, conocieron todos los vuelos y todos los llantos y todas las armonías, y murieron en un sueño de gloria, circundados de sol.

Amo a los Rebeldes que, heridos en lo más íntimo por una angustia suprema, se sienten ligados por un lazo divino de amor a quien llora, a quien tiembla; amo a los malditos que Jesús redimió y a quienes los propios hermanos han traicionado y que, por tierras lejanas y mares tempestuosos, han predicado nuevas leyes cantando el himno de las edades futuras, sublimes en el delirio del ideal, que siempre sonrieron al martirio.

Pero lloro, con lágrimas del alma, por los Grandes de la tiniebla:

los hambrientos, los oprimidos, los venerandos, que no obtuvieron ni tregua ni perdón de la naturaleza enemiga y que a pesar de sus miserias nunca han sabido odiar; lloro por los que vieron florecer los jardines ajenos y agotarse los propios sin envidia; gimo por quienes beben hiel y lágrimas heridos en el alma por la injusticia ciega y soberbia y que, a pesar de sus desgracias, no han manchado sus manos ni con el robo ni con la muerte; lloro por los que pasan entre hielos y tempestades, sumergidos en el olvido, sin sol, sin pan, sin vestidos y que, a pesar de sus desnudeces, han creído siempre en Dios; lloro por los que para dormir nunca consiguen más que un montón de paja nauseabundo y que irán, de seguro, a morir en un hospital y quienes, a pesar de tando dolor, morirán amando.

ADA NEGRI

La conquista del hombre

El hombre es más difícil de contentar de lo que parece. Contra lo que la opinión popular cree, el sentido estético del hombre es muy agudo y forma el principio—base de un arte en que, sobre todos los demás, es maestro: el arte de amar.

Tres grandes causas primordiales desarrollan el amor del hombre, y cada una de ellas es una causa de belleza. Primera, belleza en la persona; segunda, belleza en la inteligencia; tercera, belleza en el carácter. Verdad es que también existen

otros medios para conquistar al hombre,—la fortuna, el prestigio social, por ejemplo—pero estos compran el amor masculino, no lo conquistan.

La belleza personal es el medio más corriente para atraer al hombre en general. La razón está en que esa belleza es el medio más accesible, pues la capacidad moral e intelectual de la mujer no es posible calcularla por anticipado. Otro motivo para que la belleza personal atraiga es que lo físico está más

fuertemente desarrollado en la naturaleza del hombre que lo espiritual, puesto que la mayor o menor atención que el hombre presta a lo espiritual depende en gran parte de la clase de mujeres que trata, como el desarrollo de sus elevadas facultades depende de la simpatía y armonía de su relación hacia ellas.

Cuando el amor del hombre tiene por base únicamente la belleza personal, raramente dura un año. No puede, aun en las condiciones más favorables, ser más permanente que la belleza amada; y esta belleza que por sí inspira amor, desaparece, huye muy pronto de los ojos del hombre. Por esto, los casamientos que resultan del amor fundado únicamente en la belleza personal, no pueden continuar siendo matrimonios de amor porque el motivo deja de existir, retrasando así en el hombre el perfeccionamiento espiritual, con lo que se evita que la mujer sea el origen de una raza cuya belleza moral e intelectual iguale a la belleza personal.

Accidentalmente, el matrimonio de belleza es un éxito; pero, ya se ha dicho, es una circunstancia puramente accidental. Esa belleza juvenil física va raramente acompañada de los esplendores de la inteligencia y del carácter. La razón para ello puede ser que la justicia providencial no quiere hacer desiguales distribuciones en el género humano, y también que la belleza sea considerada bastante por sí y que sus encantos físicos se tengan por muy suficientes para cubrir multitud de deficiencias. Sea cualquiera la causa, lo cierto es que no encontramos a menudo muchas bellezas que se esfuerzen en ser ingeniosas y amables, debido también, sin duda a la pluralidad de admira-

dores que las persiguen. Esto prueba a la vez, que si los hombres corrientes y vulgares son atraídos por los medios ordinarios de la belleza personal, la mayoría, aun entre estos mismos hombres, sufre la presión de los medios extraordinarios antes de sucumbir a la atracción final.

Pero el hombre moderno va fijando su atención en muchas cosas con respecto al amor y compañía de la mujer, y no está muy distante el tiempo en que unas frescas y sonrosadas mejillas no signifiquen más de lo que en realidad son, no atributos de ángel, y de que se aprecien en su verdadero valor. Cuando ese tiempo llegue, el hombre habrá dado un paso importante para la resolución de un problema tan interesante como es la duración del amor, pues entonces podrá medir mejor la estabilidad de lo que le atrae y hacer cálculos respecto a la probabilidad de su felicidad futura.

Pero si la belleza personal, en sí, no es justificación suficiente para inspirar y conquistar el amor del hombre, ni combustible capaz para alimentar y satisfacer su llama, debe ser siempre un accesorio importante para cumplir y mejorar sus medios. La belleza personal por lo menos despierta admiración e interés pasajeros y ofrece oportunidades para desplegar recursos de más valor, pero no es raro que un espíritu refinado o una imaginación culta se queden sin llamar la atención de nadie, porque sus bellezas permanecieron ocultas tras un rostro sin atractivo alguno, o tras un físico en el que faltan el vigor de la salud y el brillo de la vitalidad.

Es deber ineludible en la mujer aparecer tan bella como pueda: su

belleza la debe a sí misma y a un mundo que siente la influencia de lo bello; y en un siglo como éste, en que la ciencia de la salud y de la higiene, bases de la belleza personal, adelantan extraordinariamente, no hay excusa para la fealdad. En otros tiempos, las mujeres ostentaban el rostro pálido, hacían gala de ser descuidadas y envejecían prematuramente, debido a convencionalismos que la obligaban a permanecer la mayor parte del tiempo encerradas en casa. Hoy, ninguna otra cosa sino la pereza o la pobreza de hábitos hereditarios puede privar a las mujeres del disfrute de las puras y cristalinas aguas de la juventud y de la belleza que se encuentran en el aire libre y fresco y en el ejercicio al sol y en campos despejados: ninguna mujer dotada de alma—¿quién de ellas no disfrutaba de tan grata posesión?—deja de adquirir algún grado de belleza personal, aparte de sus deficiencias en forma y en facciones, si se acostumbra a respirar, a pasear y a ejercitarse al aire libre, sistemáticamente, y con interés que no decaiga en cuanto cese la novedad del experimento. Los resultados inmediatos de lo que aconsejamos en bien de la salud, serán obtener formas redondeadas, firmeza de músculos, vivacidad y brillantez en los ojos, cabello lleno de salud, gracia en los movimientos y postura física llena de atractivos. No hay belleza alguna cuya energía vital no proceda de la salud disfrutada por la persona; aumentándose toda hermosura con la inspiración, que es la vitalidad del espíritu. Cuanta mayor cantidad de esta belleza, siendo las demás todas iguales, poseamos, tanta mayor será nuestra oportunidad para conquistar al hom-

bre que deseamos y nuestra satisfacción atrayéndonos su amor y estimulando su orgullo.

No deben desesperar las mujeres que poseen poca belleza física, pues aunque su empleo como medio accesorio para llegar al fin no deja de tener importancia, esa belleza física es la atracción menos ofensiva a la vez que la de menor consistencia para conquistar al hombre. Hace cien años estas afirmaciones no hubieran sido verdad: las mujeres tenían entonces pocas oportunidades de alcanzar las altas cualidades de la inteligencia y del carácter, y la belleza física era su principal atractivo. ¡Cómo cambian las modas! Hasta los corazones humanos y los amores humanos están sujetos a sus caprichos. El hombre del día podrá *flirtear* con la muchacha bonita, indiscreta y ligera, cosa disculpable por sus atractivos; pero cuando el *flirteador* llega a cierta edad y tiene experiencia, desea y busca otra cosa más formal.

La actitud de los sexos se regula por el principio de la oferta y la demanda: las mujeres son como ellas creen que los hombres quieren que sean. Cuando los hombres admiraban el tipo etéreo, de cintura casi invisible, las mujeres simbolizaban sus ideales. Ahora que los hombres han progresado, sus ideales se han mejorado y se han extendido. El hombre moderno e inteligente busca en la mujer una compañera, una amiga, con igualdad intelectual y moral. A este fin ha ensanchado las estrechas miras de anteriores siglos y ha abierto ancha puerta por donde la mujer puede encontrar toda clase de oportunidades para satisfacerle.

En realidad, son muy pocas las mujeres que realizan el nuevo ideal

de la belleza intelectual y de carácter. Quizás sea esta una razón que explique la disminución de matrimonios, particularmente entre los hombres que valen. Desde el momento en que llegue a ser una realidad, aunque rara, la mujer que comprende y que simpatiza, el hombre, que busca siempre lo mejor, no dejará escapar la ocasión. Aun entre el elemento más joven va haciéndose camino esta nueva concepción del sexo opuesto.

Mas la joven de talento debe tener hoy una manera modernísima y peculiar de conducirse: la de no interponerse entre las personas que valen. Debe adaptarse a todas las situaciones con verdadera riqueza de sensibilidad mental, y esforzarse para que los laureles queden al alcance de los demás. Este es el golpe maestro de la ingenuidad femenina. ¿Hay nada que pueda colocar a un hombre en mejor lugar respecto a sí mismo, o que grabe a una mujer en su corazón y en su mente con mayor fervor que cuando esta mujer oculta sus recursos y sutiles medios tras la virtud de la apreciación? Rara vez es atraído el hombre por la mujer que a las claras demuestra la superioridad de su inteligencia.

Sin embargo, la mujer debe ser, por lo menos, igual al hombre intelectualmente, para ganarle por completo y de manera permanente. La verdadera prueba de los dones intelectuales no está en lo que podamos enseñar a los demás, sino en lo que podamos aprender de ellos. El hecho de haber excitado otras imaginaciones a la acción es la prueba de que no sólo nos hemos impuesto sino también de que hemos sabido cambiar el curso de una inteligencia. Por este medio, adquirimos

nuevos pensamientos por métodos originales y mejoramos el conocimiento y la capacidad de los demás por el medio más adecuado, que es el de hacerles pensar en sí mismos. A todos los hombres les agrada el sonido de su propia voz, y todavía les agrada más encontrar una persona muda y crédula a la que puedan hablar de ellos mismos, de sus ambiciones, de sus trabajos, de sus actos, de sus gustos y hasta de sus caprichos: uno que sepa escuchar y atender es lo mejor para un buen charlatán. Pocos hombres sobresalen por su brillantez: los hay ingeniosos y torpes, cultos y groseros, leídos y que aborrecen la lectura, sabios y necios; pocas veces se encuentra en ellos la combinación del ingenio y la sabiduría. La mujer que pueda proporcionarles una de estas dos cosas, sin que el hombre se entere de que lo hace, lleva ganada en gran parte la batalla. Muchos hombres se jactan de oportunos y hasta de ingeniosos empleando frases y lanzando epigramas que se deben a la imaginación de una mujer hábil y lista, que las ha puesto en labios del hombre sin que éste se diera cuenta de ello. No basta, pues, que la mujer sea simplemente intelectual. Es preciso también que sea pródiga de sus bellezas intelectuales y que las comparta espléndidamente con el hombre que quiera conquistar. ¿Cuántas mujeres poseen este acto? Muy pocas. ¿Cuántas tienen esta habilidad? Menos aún.

De cada diez mujeres, nueve ignoran lo que significa pensar, siendo lo más que alcanzan la conclusión de que reuniendo dos y dos hacen cuatro; pero esto no es el resultado de ningún esfuerzo mental, sino la prueba de haber estudiado la tabla

de sumar. Valga el símil para afirmar que las mujeres tienen el sistema de ver los problemas por fuera, sin tomarse el trabajo de profundizar en su estudio: rara vez se apoderan de un asunto y lo analizan con ánimo de entresacar de él lo que tenga de bueno, hasta que les advierten de su valor y de sus fines. Y es porque la mujer es descuidada o perezosa mentalmente y, por lo general, no se entera de las posibilidades de su propia materia gris. Descansa en el instinto, más bien que en la inteligencia. De ahí su falta de lógica y su exceso de sensibilidad.

La educación elevada y práctica para la mujer tiene más importancia de lo que parece. No desarrollará cualidades de conversación o de espíritu casero, pero dotará a la educanda de una disciplina mental que le hará descubrir un mundo de nuevas maravillas y le conducirá a la consecución de cualidades que hasta ahora sólo consiguieron los hombres.

Pero la educación elevada no es esencial para obtener fuerza y actividad intelectual. El primer paso para esto es seguir la marcha de los asuntos en general, simpatizar con los pueblos en vez de simpatizar con las personas, conocer las noticias interesantes de las naciones más bien que de las localidades y apoderarse de las verdades universales antes que de las locales. Amplitud de miras y la consiguiente educación liberal es lo que ha hecho a los hombres buenos compañeros entre sí y lo que les ha enseñado los placeres de la buena amistad; mientras que el impulso natural de la mujer es la simpatía y la correspondencia, que le hacen idealmente apta para compañera. La mejor

parte de la naturaleza femenina, en el amplio sentido humano intelectual de la compañía, ha permanecido sin desenvolverse a causa de la educación superficial de la mujer y de su poca libertad mental y material.

Hoy, la mujer descubre posibilidades ilimitadas. Cuando ampliamos nuestros horizontes, el paisaje se ensancha; cuando nuestras aspiraciones aumentan, se aumentan también los medios para conseguir las; y cuando crecen nuestros esfuerzos se desarrollan las energías y las capacidades. Por estos medios pueden muchas mujeres obtener el sentido de la proporción, que constituye la energía sutil, adecuada y efectiva que no sólo llama la atención del hombre, sino que lo conquista y le retiene.

Pero es necesario tener muy presente que una cosa es infatuar al hombre, y otra, desde luego mucho más rara, conquistarle. Al hombre que no es constante en amar es que nunca se le conquistó del todo. ¿Y cuál es la proporción de la constancia masculina, teniendo en cuenta lo que son los asuntos de amor? Aun entre los grandes hombres, de imaginación gigantesca y de elevados propósitos, siempre ha sido muy poca esa proporción de la constancia. ¿Y por qué esta inconstancia general por parte del hombre? Porque, en general también, la mujer jamás fué bastante grande para conquistarle y retenerla del todo: le divierte, le agrada, le consuela, le inspira, le deleita, en una palabra, le hace transitoriamente feliz. Pero no es todo lo que de la mujer espera el hombre: la mujer debe interesar constantemente al hombre si quiere conservar su influencia sobre él; debe ser la compañera de

sus horas de descanso y de sus trabajos, si quiere ser siempre el ídolo de su esposo; debe ser justa y discreta en sus juicios, si quiere conservar la confianza: debe no solamente comprender el carácter del hombre, sino corresponder con él, si quiere conservar las simpatías de éste; debe tener amplio criterio de la vida humana y de los asuntos humanos si quiere guardar relación de inteligencia con el hombre; debe pensar al unísono con él, intelectual y éticamente, si quiere conquistarle a perpetuidad.

No deja de haber mujeres que practican todo esto, y son por ello, y serán siempre, amadas y admiradas por sus maridos. Tales mujeres serán siempre las madres de los hombres y de las mujeres que las naciones necesitan en las venideras generaciones.

Es indudable que el tipo de esas generaciones se va elevando. Los hombres mejoran y la atmósfera que les rodea va refinándose. A pesar de la depravación aparente que parece acusar el aumento de divorcios, la proporción de matrimonios felices es ahora mayor que nunca. Y es que la constante aspiración por lo perfecto nos produce disgusto

ante lo imperfecto. En el mundo material, la necesidad es madre del ingenio; en el mundo de la ética, el deseo es la madre de la realización. El deseo de una vida mejor y más elevada hace que el hombre que quiere comodidades y felicidad se esmere en la elección de esposa. El hombre más digno de obtenerse, sabe rendirse al carácter, pues comprende que de todas las bellezas que ensalza la humanidad ninguna puede compararse con aquella; porque si la belleza personal es buena para contemplada, y la intelectual para nuestra satisfacción espiritual, la hermosura de carácter participa en cierto modo de las otras dos bellezas y además de algo que estas no tienen: sus raíces son más profundas que las de un físico bello o las de una imaginación brillante, porque está en el corazón y se alimentan del alma, y son plantas cuyas flores jamás se marchitan. Por eso el amor que descansa en la belleza de carácter tiene fundamentos eternos y seguros. Y la mujer que conquista a un hombre por este medio, el más noble de todos, no debe ni tener por qué temer el fracaso de su felicidad futura.

LAVINIA HART.

De mi diario

18 de Mayo.—No hay manera de salir; está lloviendo. Excelente día para leer, para escribir, en vez de ir a paseo y gozar de los encantos y bellezas de la estación. A cada instante estamos fuera de casa; llevamos una vida de pájaro, respirando aire puro y fresco a la sombra de los árboles. ¡Delicioso! y ¡qué variadísimos placeres en cada mirada, en cada paso, a poco que se fije la

atención en lo que nos rodea! Ayer Mimí me trajo unos magníficos tallos de hierba, rayada de blanco y verde, satinada y brillante, que remedaban prodigiosamente cintas de fantasía, última novedad; era cosa de colocárselas al cuello. Las he puesto en un vaso, donde admiro todavía mis hermosas cintas, un poco marchitas ya, es cierto. De haberlas dejado en su sitio, conserva-

rían todavía sus primorosos matices; estos artículos de moda, manufacturados por la naturaleza, no deben salir de los bosques.

Me gustaría sobremanera conocer un poco de botánica; es un estudio encantador en el campo, todo lleno de maravillas que admirar y gozar. Así podría entablar relaciones más íntimas con la naturaleza, con las hierbas, las flores, los musgos, a los que sabría llamar por su propio nombre. Estudia botánica, Mauricio, y luego me la enseñarás. La cosa será bien fácil, teniendo a nuestra disposición esta flora. Pero ¿cuándo vas a pasar con nosotros la primavera? Siempre vienes tarde para herborizar hermosuras de la naturaleza (según nuestro amigo San Francisco de Sales); adiós flores, entonces; y las flores son las que más me interesan por lo hermosas que parecen cuando yerguen sus corolas sobre estas alfombras de verdor. Yo gozaría conociendo sus familias y sus gustos, sabiendo la clase de mariposas que prefieren, las gotas de rocío que necesitan, las virtudes y cualidades que poseen para satisfacer nuestras necesidades. Las flores sirven también de remedio que cura o alivia muchas dolencias. ¡Dios dispensa sus dones para tantos fines!... Todo encierra tesoros de bondad para el hombre; la rosa, por ejemplo, después de haber dado miel a la abeja y aromas al aire nos ofrece todavía un agua deliciosa para los ojos enfermos. Ahora me acuerdo de haberte puesto algunas compresas, cuando eras pequeño. Todos los años preparamos algunas redo-

mas de esta agua que nos vienen a pedir más tarde.

He dicho antes que hoy era un día excelente para dejar correr la pluma. Y ¿qué voy a decir? No lo sé; de lo único que tengo conciencia es de que escribiría. Si tuviera un plan, un programa, lo iría desarrollando, escribiría cada día un poco. El depósito demasiado lleno derrama a veces el líquido en desorden torrencial; es preferible darle salida regularmente. Yo casi no me desahogo en otra parte más que aquí, y eso, poco, porque... el papel vuela. ¿Quién sabe, cuando lo lance hacia París, a dónde puede ir a caer? Por eso me sucede que borro algunas cosas al reparar lo escrito: ya lo habrás visto en el último cuaderno. Se trataba de E***; mi pluma se había extendido demasiado en pinturas exageradas y aun falsas, conforme he podido ver después por sus cartas. Todo ello se reduce a una bondad apasionada; sin rencores ni amarguras, cándida en sus excesos; en una palabra, una chucuela con corazón de fuego. Ahora lo veo como un beneficio admirable que viene de Dios y me siento atraída hacia el alma que ha depositado en mí su confianza, diciéndome: «Ámame, ayúdame a ir al cielo». ¡Oh! seguramente la ayudaré con todas mis fuerzas, la amaré siempre, porque la amistad santa no es más que una derivación, una forma especial de la caridad que no muere.

El ruiñeñor de anoche ha cantado sin cesar todo el día. ¡Qué garganta de acero! Si fuera inglés, diría que lo había hecho por apuesta.

EUGENIA DE GUERIN

Cordelia

saldrá en los primeros días de cada mes, la suscripción anual será de UN COLON anticipado: cada número cuesta DIEZ CENTIMOS. Los pedidos de suscripción pueden hacerse enviando el valor de ella al Director en Heredia, ó al Director de la COLECCIÓN ARIEL, en San José.